

La conciencia mundializada

Por Alfredo Alfonso, Paula Porta y Cielo Ferreiro

El sociólogo y antropólogo brasileño Renato Ortiz es un referente del pensamiento latinoamericano en Ciencias Sociales. Ha publicado más de diez libros, entre los que se destacan *La muerte blanca del hechicero negro* (1978) que establece relaciones entre la cultura popular y la religión Umbanda, *La moderna tradición brasileña* (1988), en donde formula un original desarrollo de la formación de la industria cultural de su país y *Mundialización y cultura* (1994), obra que lo ha llevado a constituirse en un reconocido especialista de la denominada globalización.

Esta entrevista se realizó en el marco del II Seminario Latinoamericano de ALAIC, en el que Renato Ortiz dictó una conferencia magistral.

Oficios Terrestres: ¿Cómo fue el proceso que lo llevó a indagar en el campo de la cultura popular, en ese universo problematizado, presente en *La muerte blanca del hechicero negro*?

Renato Ortiz: La verdad es que yo estudié en Francia, hice grado, maestría y doctorado. Estudié en la Universidad de Vincennes que fue la Universidad creada después de Mayo del '68. Entré en 1970, en la segunda pro-

moción y allí obtuve la Licenciatura en Sociología. Luego migré para la École Pratique des Hautes Études para hacer lo equivalente a una maestría. Allí estudié en el *Centro de Cultura de Masas* dirigido por Edgar Morin y Roland Barthes. El doctorado lo hice también en la École Pratique que después se transformó y hoy se llama École des Hautes Études en Sciences Sociales, fue allí donde comencé a trabajar la temática de cultura popular y religión.

Trabajé mi doctorado con Roger Bastide sobre el tema de la Religión Umbanda en Brasil. Tuve una formación más profunda como antropólogo y como sociólogo porque me interesé por la cultura. Básicamente la temática de las religiones y lo popular que tenían para mí un interés particular. Me interesé por un tema tradicional en el pensamiento latinoamericano, diría un "clásico": lo popular. La cuestión racial como cuestión nacional y de ahí el libro *La muerte blanca del hechicero negro*, que es una parte de la tesis del doctorado, escrita en francés. Regresé a Brasil en 1976, y el libro fue publicado en 1978, yo mismo hice la traducción y reescribí el texto.

O.T.: Luego de la publicación y puesta en circulación de *La muerte blanca del hechicero*

negro, ¿qué otros campos despertaron su interés? ¿cómo se originaron sus trabajos posteriores?

R. O.: La verdad es que es muy difícil hablar de manera más o menos objetiva de uno mismo. Tengo un ex alumno del doctorado que me dijo que varias de mis ideas del libro sobre Japón estaban ya en *La muerte blanca del hechicero negro*. Me sorprendí, eso puede ser bueno o puede ser malo... pero es posible que alguna de las líneas estén ahí. Desde entonces, comencé a desarrollar un conjunto de otras investigaciones. No podemos afirmar que hay una línea directa entre aquel trabajo y los últimos sobre globalización, pero sí hay un elemento importante que está en el libro y en varias de las publicaciones sobre la cultura nacional brasileña y que se retoma hoy en tiempos de globalización: la cuestión de la identidad. *La muerte blanca del hechicero negro* tiene que ver con la identidad; cómo se construye la identidad de una religión en los sectores populares. Religión que se define como "La religión brasileña" pero que en realidad es una mezcla de varias tradiciones. Esta intención de búsqueda de la definición de identidad, no es sólo una identidad definida por las prácticas, es sobre todo definida por los intelectuales. Este es un tema que está en *La muerte blanca...* que trabajé mucho en el libro *Cultura brasileña e identidad nacional* y que utilizo, no de la misma manera, también en *Mundialización y Cultura*, en todo el capítulo sobre "Los artífices de una cultura mundializada". Yo tomé la literatura que trata del mundo contemporáneo, *Marketing, Business*, mi idea es que estos autores son intelectuales orgánicos (como diría Gramsci) que crean sentido, dan coherencia a una visión del mundo. No estoy hablando de noción de ideología en el sentido de "falsa conciencia", como

algo negativo, sino en el sentido "positivo", gramsciano, de integración discursiva. Por supuesto, yo no tenía esa visión gramsciana en *La muerte blanca...* Había leído a Gramsci, pero no lo había utilizado mucho, utilicé más a Max Weber. Incluso puede ser por eso que en otro libro que se llama *La conciencia fragmentada* haya un capítulo que compara Gramsci/Weber. Una vez me encontré con el director del Instituto Gramsci y me dijo que algunos estudiosos en Italia en aquel momento recién estaban trabajando el vínculo teórico entre Gramsci y Weber. Yo hacía ya más de quince años que había escrito sobre una relación entre ellos. Lo que me interesó en Gramsci no era la cuestión partidaria ni el Estado visto a través de la política, sino la cultura: temas como cultura popular y religión que era justamente el campo que yo había investigado.

O.T.: *Románticos y folkloristas* y *Cultura y modernidad* tuvieron que ver con la posibilidad de investigar en bibliotecas. ¿Qué destacaría de su formación en París?

R.O.: El estudio en París fue para mí fundamental en varios sentidos. En el sentido metodológico, pero también en el sentido intelectual. Tuve la posibilidad de escuchar a Michel Foucault en el Collège de France. Estar en la Universidad donde estaba Lyotard, Deleuze... Escuchar varias veces a Roland Barthes en el *Centro de Cultura de Masas*, y sobre todo por haber sido alumno de Roger Bastide, todo esto te da una referencia buena. No fue una elección consciente: "yo voy a París para..." pero las circunstancias en las que me los encontré fueron para mí muy enriquecedoras. Estuve en Francia en un período muy efervescente y esto fue extremadamente positivo en mi vida, sería muy difícil negar esto. La otra cosa que aprendí también en Francia, es un conjunto de técnicas de investigación.

Esta técnica de la biblioteca es fundamental. En París hay bibliotecas importantes, la biblioteca nacional y bibliotecas sectoriales; allí hice los trabajos, como el libro sobre Umbanda, del que hice una parte en Brasil y una parte en las bibliotecas francesas; por ejemplo, mis lecturas de Alain Kardec, fundador del espiritismo francés, en la biblioteca nacional. La posibilidad de recorrer las bibliotecas es decisiva en la calidad de los trabajos, pienso que el lector esto lo ve muy claramente. Se pueden usar bibliotecas muy distintas. *Románticos y folkloristas* lo hice trabajando en la biblioteca de la Universidad de Columbia, donde estuve ocho meses; *Mundialización de la Cultura*, y el libro sobre Francia, *Cultura y Modernidad*, lo hice en las bibliotecas francesas. Utilicé también como lugar de trabajo la Universidad Americana, situada en París. El libro de Japón, es un libro de biblioteca. Lo hice en la Universidad de Oxford primero y después en varias universidades en Tokio y en la Fundación Japón de París. Además en las bibliotecas de San Pablo, porque en este caso hay una importante colonia japonesa, y la propia Fundación Japón tiene una buena colección de textos.

Pienso que una buena lectura es fundamental para cualquier trabajo, incluso ensayístico. Para un trabajo ensayístico es bueno para que uno sienta un poco el pulso, el *tempo* del conjunto de cosas. Una buena biblioteca es importante, la posibilidad de contar con libros, la posibilidad de recibir libros. Creo que es muy difícil hacer un trabajo intelectual en serio si uno no parte de este principio. Sé que a veces es muy difícil porque en América Latina muchas bibliotecas son muy malas. Este es un punto de partida que tiene que ser considerado para, al menos, no hacer un culto a la pobreza. En mi Universidad hay una buena bi-

biblioteca, probablemente una de las mejores de Brasil y de América Latina, pero no se compara con una de las grandes bibliotecas norteamericanas, o de Oxford, o de París, pero es bastante buena. Tenemos también presupuesto para comprar libros, esto es importante, incluso uno puede pedir artículos a otras bibliotecas del mundo; hay un servicio pago de envío de artículos. Estos son mecanismos materiales que pueden parecer pequeños pero que pueden hacer un aporte. Además tienen la posibilidad de hacer una investigación bibliográfica; si uno sabe leer en inglés, en francés, en español, en italiano, tiene la posibilidad de obtener muy buena información.

O.T.: ¿Cuál considera que es la utilidad de Internet en este sentido?

R.O.: Yo la utilizo mucho, tengo que utilizarla no sólo en Brasil, sino también cuando viajo. El problema con Internet es saber cómo llegar a esos libros, a esa referencia, porque no es tan fácil. En cambio en la biblioteca uno va y tiene una muestra de todos los materiales. También a través de Internet se pueden comprar libros, pero esto no sustituye a la biblioteca, digamos que agiliza, que es importante. Además crea otro problema porque para trabajar en este marco uno tiene que ser un muy buen navegador, porque hay miles de referencias, entonces uno se plantea ¿qué es interesante? Es una cuestión crucial para la que, por supuesto, no hay una única respuesta. Lo que es cierto es que cuanto más uno sabe lo que quiere, cuanto más formación, o erudición tiene, consigue seleccionar más rápidamente y facilita el trabajo. Yo sigo eligiendo la forma artesanal de trabajo y siento que mis libros tienen una calidad distinta, me lo dijeron varias veces...

O.T.: En el caso de *La moderna tradición brasileña*, ¿trabajó con otro tipo de documentación?

R.O.: Sí y no. Lo hice del mismo modo, fue más fácil porque es un libro sobre Brasil y utilicé las bibliotecas de Brasil. También utilicé archivos porque en la ciudad de San Pablo existe todavía un gran archivo sobre los medios de comunicación, con entrevistas, con materiales empíricos sobre radio y televisión, publicidad, historia. Mucha información la obtuve leyendo materiales de archivo: testimonios, diarios, revistas... cosas que fui seleccionando, pero es muy rico porque ahí surgen ideas, se ven las cosas "en estado puro". Yo tenía las preguntas, pues sin ellas el trabajo intelectual no significa nada, pero este trabajo de archivo fue un aporte muy importante. No veo una contradicción grande, y que mucha gente ve, entre el trabajo de archivo y la reflexión teórica, incluso yo no tengo una tendencia descriptiva, tengo más bien una tendencia reflexiva, analítica; pero esta tendencia analítica tiene que estar vinculada al contenido. Creo que es posible hacer las dos cosas juntas.

O.T.: En las Jornadas de Jóvenes Investigadores se discutió acerca de la globalización y la sensación predominante era la de la ausencia de alternativas. Incluso, fueron discutidos sus argumentos sobre globalización económica y mundialización de la cultura...

R.O.: Un debate serio sobre la globalización es siempre incómodo. Esto es porque existe un conflicto entre la comprensión de un contexto nuevo, en donde todo es redefinido, y la intención de actuar en este contexto, modificándolo. La sensación de "no se puede hacer nada" dice un poco sobre lo inexorable del proceso. No podemos escaparle. Si la globalización fuese sólo una ideología, sería más fácil, bastaría que escogiéramos otra ideología para combatirla. En el caso de un proceso las cosas pasan de otra forma. Pero es pre-

ciso huir de, por lo menos, dos posiciones. La primera, en el plano más teórico, es confundir el entendimiento de la realidad con la acción política. En este sentido creo que es importante entender realmente el proceso, conocerlo en su "estructura", en sus líneas generales, independientemente de las posibles "salidas". Segundo, inexorabilidad no significa necesariamente que "no se puede hacer nada". Significa que "hacer alguna cosa" debe ser vista ahora en este nuevo contexto. La dificultad es que la política, como la modernidad, fue definida como un atributo prácticamente exclusivo del Estado-Nación. Hoy, la crisis del Estado-Nación es también la crisis de la política, tal como la conocemos. Hacer una "política mundial" es también una utopía, lo que aumenta la sensación entre las adversidades del presente y las incertezas del futuro. En cuanto a la distinción entre mundialización cultural y globalización económica-tecnológica, pienso que es importante establecerla, sin caer en una visión economicista del proceso, o una falsa idea de homogeneización del mundo.

O.T.: Nos sorprendió gratamente encontrar un texto suyo en un libro de César Bolaño. ¿Cómo ve esta relación entre la economía política de la comunicación y los estudios culturales latinoamericanos?

R.O.: Creo que estos trabajos, como los de concentración de los medios de comunicación, deben tener su lugar. Un buen trabajo de economía política, sea o no marxista, es importante. En la medida que entrega información y ayuda a comprender un mapa. Como no soy marxista, toda la interpretación que se desarrolla en estos marcos me parece un tanto breve, parcial. Pero si no se acepta su contribución, se cae en un enfoque muy culturalista. Antes había un reduccionismo economicista,

ahora hay un reduccionismo culturalista. No me gustaba lo anterior y no me gusta esto. La construcción del objeto sociológico debe emplear varios procedimientos metodológicos, y los datos económicos no pueden quedar afuera. Las cosas que hace Armand Mattelart son interesantes. Aunque no estoy completamente de acuerdo con ideas que tienen un dejo de geopolítica, en la cual la cultura es vista como el lugar por excelencia de la manipulación de las personas. Es una visión conspirativa y se aplica mal a la comprensión de la sociedad, que es mucho más compleja. Pero los estudios sobre lo internacional publicitario de Armand Mattelart son muy buenos. Abre nuestros ojos hacia una cuestión política, no sólo económica. En verdad, cuando se hace Ciencias Sociales, no se puede tener una visión cargada de prejuicios, no es bueno.

O.T.: ¿Cuáles serían las mayores dificultades de la investigación en las Ciencias Sociales?

R.O.: Lo primero que es difícil es que en cada trabajo que se hace, se debe romper con el sentido común. El sentido común está en la familia y en las conversaciones cotidianas. Pero hoy tenemos un sentido común erudito, en la prensa y los medios y también un sentido común universitario. En ese sentido, es muy importante romper con todo eso, alejarse de lo que es naturalmente dado como verdad. Otro punto tiene que ver con la lengua. Utilizamos la misma lengua para conversar, comunicarnos, y al mismo tiempo para pensar, escribir y entender el objeto de estudio. Los términos son intercambiables cuando no deberían ser necesariamente intercambiables. Hay que tener un cierto control en el recorte. Las ciencias sociales son históricas y no universales en el sentido que muchos lo creen. Los temas, conceptos, tienen una historia. Para que uno

se de cuenta de eso es bueno conocer la sociología o la historia de las ideas. Ella nos ayuda a comprender mejor ciertas cuestiones, haciendo que el pasado de los conceptos ilumine el presente; por ejemplo, cuándo se empieza a hablar de Nación. O también, cómo la problemática de la modernidad y de la nación fueron tratadas por diversos pensadores en América Latina: conceptos como muchedumbre, masas, cómo ellos interfieren en nuestra comprensión de lo que se llamó cultura de masas, medios de comunicación de masas. Las ciencias sociales necesitan establecer una distancia en relación con el mundo, para que no se tornen mero discurso ideológico. Ellas son una traducción del mundo, pero no son la única forma de pensarlo. Hasta el mismo sentido común "piensa" el mundo. Existen, por lo tanto límites, y es importante conocerlos y saber, que a pesar de ellos, eso no nos impide caminar. Estos son problemas de cada investigación. Por eso Bourdieu lo llamó *vigilancia epistemológica* en contraposición al concepto de Althusser de *ruptura epistemológica*. Es preciso también desplazar las consecuencias lógicas de la afirmación: las Ciencias Sociales son históricas. Esto significa que los cambios actuales implican una modificación en las categorías utilizadas en los análisis. Por eso el debate sobre la mundialización es, simultáneamente, un tema nuevo y una invitación para que repensemos los conceptos tradicionalmente utilizados por las Ciencias Sociales.

O.T.: Recorriendo su obra nos encontramos con una producción que referencia una fuerte presencia del archivo, ¿cuál es la metodología que utiliza?

R.O.: Tengo artificios, pero no los llamaría de metodología. En verdad, procuro realizar un trabajo lo más exhaustivo posible sobre un determinado tema. Si estoy haciendo un tra-

bajo sobre iluminismo, por ejemplo, leo los autores fundamentales y los intérpretes principales del tema. Se trata de un procedimiento lento. Otra cosa es con las revistas. Tomo los últimos diez años de una buena publicación y considero los índices. Y voy descartando y separando lo que me interesa. Cuando uno hace ese recorte, por ejemplo de diez años, seguramente encuentra una cantidad de cosas interesantes. Esto lo hago de manera sistemática cuando trabajo en un tema. Por ejemplo, en el libro sobre Francia, *Cultura y modernidad*, hice eso. Y volví a Brasil para terminar el capítulo y regresé a Francia para trabajar sobre *Espacio y tiempo*. En las notas a pie de página encontramos muchas revistas editadas en el siglo XIX que fueron para mí decisivas para comprender el período. Es un trabajo fundamental. No sé si es método, pero sí una técnica que empleo. Después hago fotocopias y las leo. Apunto y releo. Otra cosa que empecé a hacer desde *Cultura y Modernidad*, que es algo que hacía cuando hacía investigación antropológica, es llevar un cuaderno de bitácora. Consiste en un diario de lectura, con impresiones. Así fui desarrollando un conjunto de ideas en la lectura y en la anotación, que me ayudó muchísimo en el momento de la escritura. Porque tenía un conjunto de nexos establecidos. Lo repetí en *Mundialización y Cultura* y en *Lo Próximo y lo Distante: Japón y modernidad-mundo*. Es una especie de guía para la escritura, muy útil.

O.T.: ¿Por qué sostiene que tuvo más dificultades con *Mundialización y Cultura*?

R.O.: Porque estaba haciéndolo en una época en que el tema no estaba en agenda. Prácticamente nadie hablaba todavía sobre globalización, a no ser por algunos economistas y personas vinculadas con la administración de empresas. En esa época yo había ter-

minado algunos estudios sobre la industria cultural, lo que me llamó la atención para establecer la problemática de una posible mundialización de la cultura. Yo había realizado un estudio sobre la historia y la producción de la telenovela. Era una investigación colectiva que coordinaba. Empecé haciendo esto. Al hacerlo descubrí los archivos, que no nos ayudaron tanto en la investigación de la telenovela, pero vi que podía escribir algo sobre la industria cultural en Brasil. Ya tenía una idea porque había escrito *Cultura brasileña e identidad nacional* y en ese libro ya planteaba la discusión de identidad como una construcción simbólica, que hoy es obvio, pero a fines de los '70, inicios de los '80, (ya que el libro salió en el '85, pero los escritos habían sido publicados antes) esto no era así ni en Inglaterra. Nadie lo trataba así, tampoco en Brasil y mucho menos en América Latina. Nosotros teníamos un grupo de discusión que yo había organizado en 1981 en Ouro Preto. Se llamaba *¿Cultura brasileña?* Ahí estaban Sérgio Miceli, Darcy Ribeiro, Rubén Oliven, Ruth Cardoso, la mujer del presidente actual, María Isaura Pereira de Queiróz, y muchos otros. Eramos sociólogos, antropólogos, científicos políticos. Esto ayudó mucho al grupo a demarcar las ideas. No avanzó la totalidad del grupo en esta discusión, yo luego tomé otro rumbo. También en cierta medida porque tenía una diferencia grande con la concepción de cultura brasileña que predominaba en Brasil. *La moderna tradición brasileña* fue escrito para contraponerse a ello. Esta visión me parecía muy conservadora, no en el sentido político, conservadora en el sentido tradicional; incluso hasta hoy es así. Había una prohibición para contraponerse a ella, había que construir un Brasil nuevo, moderno, y era otra cosa, no tenía nada que ver ni con los temas de

Gilberto Freyre, ni con las raíces del Brasil de Sérgio Buarque de Holanda, ni con los pensamientos del año 30, con el Estado Novo, ni con Antonio Cândido y literatura brasileña, todo un conjunto de autores consagrados. Me pareció que la industria cultural era un mundo diferente para construir la misma historia, del mismo tema, pero de otra manera. En realidad no es un libro sobre "industria cultural". La industria cultural fue un objeto heurístico que me ayudó a vincular tres temas: Cultura Popular, Modernidad y Nación. Este cruce ya estaba propuesto en cierta forma en *La muerta blanca...* aparecía la identidad, pero no desde lo nacional, aparecía *cultura popular*, pero no *modernidad*, además yo estuve en esa época trabajando la problemática de la modernización, que es próxima, pero diferente de la de modernidad. Esto me permitió retomar el tema de la cultura brasileña de otra manera. Es un libro distinto que hoy se sigue referenciando. La idea de la mundialización está en *La moderna tradición brasileña*, incluso en la solapa del libro un colega explica que yo había encontrado algo muy valioso que era la noción de "internacional popular". Era algo que yo había encontrado a través de un análisis de Brasil. También lo había encontrado en mis estudios sobre telenovela. Pero desde un enfoque empírico. ¿Cómo se vende la telenovela en todo el mundo teniendo en cuenta que en Brasil, la misma telenovela tiene 200 capítulos y cuando se vende en Europa tiene, 60, 40, 80 capítulos? Mi pregunta fue muy clara: ¿Con qué criterio se cortan los capítulos? Y me respondieron que los cortaba un técnico, ni el director, ni el guionista. Y me aclararon que cortaba "todo lo que era demasiado grande". Lo mismo ocurre con la música. No es la misma banda de sonido. Tenemos música brasileña mundializada o mú-

sica en inglés. Tiene que tener un sentido dramático en el corte. La persona que corta, tiene los criterios, pero, ¿de dónde vienen los criterios? La única manera de responder a eso es explicar la formación del gusto internacional popular. Esa fue una buena pregunta y la hice.

Había, por ejemplo, un problema que yo no había enfrentado en *La moderna tradición brasileña*. Allí yo tenía una visión consagrada de la existencia de la cultura brasileña. Debates entre intelectuales y el Estado, los nombres consagrados en literatura, que me parecía que no daba cuenta del momento por el que pasaba Brasil. En este sentido, tenía que buscar un argumento proponiendo otra cosa. El tema de la industria cultural me atrajo por eso.

Además, la cuestión de la globalización era enteramente nueva, no había parámetros consagrados para estudiarla. Empecé el tema a fines de los '80, el último capítulo de *La moderna tradición...* es De lo nacional popular a lo internacional popular. De ahí tomé como objeto a Francia en el siglo XIX, no la mundialización en el mundo contemporáneo, porque me parecía muy importante volver hacia atrás. En esa época había un debate fuerte sobre modernidad/posmodernidad. Era una ensalada, una mezcla de todo y esto no me convenía y me hizo elegir la modernidad en Europa, puntualmente en Francia para aclarar un conjunto de cuestiones sobre la mundialización. El capítulo *Espacio y tiempo* está muy relacionado con un conjunto de cosas que escribí posteriormente.

Trabajamos varios debates con Octavio Ianni y Milton Santos. Primero en la Universidad de San Pablo, en un Instituto de Estudios Avanzados, después salimos de ahí y fuimos para Geografía, donde Milton tenía un trabajo reconocido. Pero había un proble-

ma enorme ya que discutir el tema significaba enfrentarse con la gente, porque no lo aceptaba. Estaba asociado al neoliberalismo, se decía que desconocía la identidad nacional... Muchas veces me preguntaban: Renato, ¿tu no piensas que estás exagerando? El problema era que a cada argumento que construía tenía que replantear las cosas en nuevos términos. Todo el libro es así y esto es muy difícil en términos argumentativos. Es afirmar que el Estado-Nación no es más central y al mismo tiempo decir que el Estado-Nación no acabó. Afirmar que hay una cultura mundializada, un imaginario internacional popular y al mismo tiempo que las identidades locales y nacionales continuarán existiendo; distinguir entre procesos como *mundialización* y *globalización*: existe una globalización de la tecnología, de la economía pero en el mundo de la cultura no es así. Mucha gente en esa época argumentaba que el proceso de globalización no tenía nada que ver con la cultura, y que se resumía al dominio económico. Es una cosa un poco esquizofrénica porque es considerar a la cultura totalmente separada de la economía y de la tecnología, que es el reverso del economicismo o del reduccionismo técnico, la separación total. Por otro lado, decir que hay una globalización de la cultura sería identificar la cultura al nivel técnico y económico. Por lo tanto, ¿cómo afirmar, simultáneamente, la existencia de procesos que diferencian al campo de la cultura? Esto que lo digo muy fácil, al producirlo escrituralmente se complica. En cada línea que escribía tenía que pensar los contra-argumentos, re-escribir y re-equilibrar, para no caer ni en la visión tradicional, ni en la que ya no hay cultura, que todo se acabó y todo se fue. Lo difícil fue encontrar un punto de equilibrio que no es-

tuviera en el medio. Al principio costó mucho pero después salió bien.

O.T.: Antes trabajaba con objetos de estudio muy determinados, para un público determinado, acotado. Por ejemplo *La moderna tradición brasileña* permitía un estudio particular a partir de una lectura de la industria cultural, o *La conciencia fragmentada; Cultura y modernidad*; etc. ¿Asumir estas categorías como *Mundialización de la cultura* no implica riesgo?

R.O.: Ciertamente, el riesgo es grande. Pero, ¿qué sería de las Ciencias Sociales sin el riesgo? Una reiteración de lo mismo. Simmel decía que la Sociología debía ser vivida como una aventura, y creo que tenía razón. El contexto de la globalización es una excelente ocasión para salir de nuestra comodidad intelectual.

O.T.: Lo que veíamos es que había un proceso de diferenciación entre el contacto con el objeto de estudio entre su obra pre-*Mundialización* y la posterior. En la conferencia de la mañana habló del "sentido común planetario" y mencionó los trabajos de Nicholas Negroponte, etc. ¿Sintió la necesidad de contactar con el sentido común planetario?

R.O.: Mis trabajos de mundialización me permitieron darme cuenta de esto, de la existencia de un sentido común planetario. ¿Qué quiero decir con esto? Hasta un determinado momento había reticencia para aceptar el tema de la globalización, pero hoy el panorama es inverso. El tema se encuentra en los medios, en las disputas políticas, en las conversaciones entre las personas. Sin banalizarlo, se transforma en sentido común, esto es, un conjunto de "explicaciones" que hablan sobre el mundo contemporáneo. Esto coloca un problema: cómo escapar de este sentido común y construir un raciocinio sociológico. Pero hay más. El discurso producido, principalmente

entre intelectuales, ejecutivos de transnacionales, administradores de empresas, comienza a ganar una coherencia y se transforma en una ideología. Basta leer un conjunto de reflexiones sobre las nuevas tecnologías. Se trata de un sentido común planetario traducido como pretendida reflexión filosófica o sociológica. Lo interesante en este caso son los canales de circulación de ese discurso, que atraviesa a la universidad, implica los movimientos políticos y los medios. La legitimidad del discurso no es su validez argumentativa, sino que es dada por su dimensión: el planeta. Lo que es preocupante.

O.T.: Con respecto a los temas tratados específicamente en *Mundialización y Cultura*. ¿No considera que queda excluida del análisis determinada parte del mundo?

R.O.: Eso fue intencional. Desde el inicio de mis investigaciones coloqué esta pregunta y percibí que no debía formularla de esa manera. La cuestión, cuando se hace un trabajo intelectual, no es confundir el pensamiento con la política, o mejor, con mis convicciones políticas. No tengo ninguna duda en apoyar el "movimiento antiglobalización", es una forma de esperanza por un mundo mejor. Es que la globalización, sobre todo económica, es impiadosa con los Estados nacionales y los países pobres. Basta mirar el continente africano, en donde la situación es de miseria y penuria. Pero no era eso lo que yo quería entender. Mi objetivo era captar algunas tendencias del proceso de globalización/mundialización. No podía por eso situarme al margen, yo debía bucear en el corazón del proceso. En este caso no podía iniciar mi reflexión por Brasil, ni por América Latina. Sería incoherente, desde el punto de vista analítico. Hice lo mismo con el Japón. Escogí el ejemplo a dedo. En el caso que hubiese optado por China no hubiera conseguido

do trabajar, de manera que hice los temas que había escogido. Yo tenía necesidad de situar mi reflexión a partir de un país "oriental" y "moderno", y no como China, en la cual la tradición, y la forma del gobierno, escapaban de mi problemática. La cuestión no es saber lo que está excluido, sino lo que debe ser incluido para establecer una determinada dirección. Los ejemplos trabajados en mis libros son mundiales, como la forma de vestir, publicidad, turismo, pero no son planetarios. No es necesario que se hable del planeta como un todo, sería insensato. Lo importante es escoger determinados objetos que sean heurísticos, esto es, que revelen mecanismos nodales del proceso de mundialización. Una vez iluminados esos aspectos, podré eventualmente "volver" a Brasil, a América Latina. Pero con otros ojos.

O.T.: Pero en la línea de *Mundialización y cultura*, los ejemplos buscan una pretensión universal y son mucho más discutibles...

R.O.: Sí pero los ejemplos deben ser convincentes, por eso utilicé la argumentación. Pero ellos no son universales, en ningún tipo de objeto. Es preciso no confundir apertura con universalidad. Las propias Ciencias Sociales no tienen nada de universales. Los ejemplos deben ser heurísticos.

O.T.: ¿La mayor crítica que se le hace al trabajo es la no inclusión de los sectores marginales del modelo?

R.O.: No, la crítica en el inicio fue por haber tomado este tema. El tema en sí incomodaba a las personas. Al trabajarlo como lo hice, sentían que una parte del mundo estaba instalándose, una parte que no sentían nada confortable. Después estaba la cuestión política, producto de la lectura, que yo no explicité en el libro. Y fue también una actitud deliberada. Mi abordaje a través de la cultura me ayudó a "colocar entre paréntesis", como decían los

fenomenologistas, la cuestión política. En todo debate que participé cuando comenzábamos por la política el raciocinio avanzaba poco. No se conseguía caminar, hablar de desterritorialización, imaginario internacional popular, mundialización, etc. Se volvía siempre a la misma pregunta: qué hacer. Eso es porque la globalización se produce con ritmos distintos, en la economía y en la cultura, diferentes a los de la política, en la cual el Estado-Nación continúa siendo la forma por excelencia de su manifestación. De allí esta sensación de que "poco puede ser hecho". La verdad, creo que ya no se puede hacer política, salvo en los marcos nacionales. Es necesario, sin desconocer el Estado-Nación, ser más cosmopolita, y pensar el planeta como un todo, esto es, un escenario de luchas y de reivindicaciones.

O.T.: ¿Hubo un antes y un después en su producción a partir de la publicación de *Mundialización y Cultura*?

R.O.: Sin ninguna duda. Antes de que saliera el libro había interés en América Latina y en Brasil. Pero después... he dado más de 60 conferencias en América Latina, Francia, España, Alemania, Estados Unidos...

O.T.: Siente que siempre va a tener que hablar de esto...

R.O.: Espero que no. La cosa ahora ha perdido la gracia. Yo sentía que las cosas anteriores habían quedado en la nada. Ante cada nuevo público tenía que explicar todo de nuevo, como un glosario que explicara a lo que me había referido cuando hablaba de determinado concepto, etc. Y era aburrido. Ahora utilizo menos el término globalización o mundialización, y creo que cuanto más nos concienticemos de los procesos, menos necesitaremos nombrarlo, porque será algo establecido. Claro, pueden aparecer nuevas perspectivas u horizontes. *Japón* agregó el elemento de la discusión Oriente-Occiden-

te, que es muy rica. Es el Oriente más "occidentalizado" y por eso lo elegí. Permite retomar el debate oriente/occidente clásico de las Ciencias Sociales.

Tengo otros proyectos. Me gustaría escribir otros ensayos. *La técnica es la cultura* es un ejemplo (tema de la conferencia en el marco del II Seminario Latinoamericano de ALAIC). Me gustaría construir un objeto global pero hay que tener mucho apoyo. Elegir un objeto heurístico y construirlo, como el deporte. Se pueden tomar Nueva York, Tokio y París como sistema. Y "pensarlo". En ese proyecto me gustaría contar con otros países del mundo en desarrollo. También llegué a pensar el tema *Jóvenes*. La construcción del objeto desde el mercado o desde lo cultural. Buscar datos en Europa, EEUU, América Latina. Ahí se podría ver la noción *jóvenes legítimos e ilegítimos*, o sea, los cuerpos juveniles, como la pobreza, que no se ajustan a la definición de una "clase media mundializada". Es posible construir este objeto.

O.T.: Sus producciones se estructuran a partir de su circulación personal por los "escenarios" temáticos como París, Tokyo, Nueva York... ¿No confía en los proyectos en red, coordinados a partir de una metodología consensuada?

R.O.: No es que no confie. La cuestión es que primero el trabajo en equipo cuesta mucho. Coordinarlo, administrarlo.... Lo hice con el libro sobre telenovela. Segundo, para construir un objeto distinto debería tener equipos en Nueva York, París, Tokio, San Pablo, etc. Tendría que hacer investigación de mercado, buscar datos, no es fácil. Mi impresión es que la investigación empírica en equipo produce un resultado reflexivo final que no es acorde al porte del trabajo que se hizo para montarlo. De todos modos, lo único que no puedo hacer, es conformarme con lo que hice. Sería la muerte.